

Traducción de
JUAN TOVAR

CARLOS CASTANEDA

VIAJE A IXTLÁN

LAS LECCIONES DE DON JUAN

COLECCION



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - BUENOS AIRES

Primera edición en inglés, 1972
Primera edición en español (FCE, México), 1976
Decimoséptima reimpresión (FCE, Argentina), 2012

Castaneda, Carlos
Viaje a Ixtlán. - 1a ed. 17a reimp. - Buenos Aires : Fondo de
Cultura Económica, 2012.
368 p. ; 17x11 cm. - (Popular)

ISBN 978-950-557-049-2

1. Narrativa Mexicana. I. Título
CDD M863

Título original: *Journey to Ixtlan. The lessons of Don Juan*
© 1972, Carlos Castaneda, Simon & Schuster, Nueva York.

D. R. © 1975, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA S.A. de C.V.
Carretera Picacho Ajusco 227, 14738 México D. F.
D. R. © 1993, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

ISBN: 978-950-557-049-2

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2012,
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,
Buenos Aires, Argentina.
La edición consta de 2.000 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin la autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

INTRODUCCIÓN

EL SÁBADO 22 de mayo de 1971 fui a Sonora, México, para ver a don Juan Matus, un brujo yaqui con quien tenía contacto desde 1961. Pensé que mi visita de ese día no iba a ser en nada distinta de las veintenas de veces que había ido a verlo en los diez años que llevaba como aprendiz suyo. Sin embargo, los hechos que tuvieron lugar ese día y el siguiente fueron decisivos para mí. En dicha ocasión mi aprendizaje llegó a su etapa final.

Ya he presentado el caso de mi aprendizaje en dos obras anteriores: *Las enseñanzas de don Juan* y *Una realidad aparte*.

Mi suposición básica en ambos libros ha sido que los puntos de coyuntura en aprender brujería eran los estados de realidad no ordinaria producidos por la ingestión de plantas psicotrópicas.

En este aspecto, don Juan era experto en el uso de tres plantas: *Datura innoxia*, comúnmente conocida como toloache; *Lophophora williamsii*, conocida como peyote, y un hongo alucinógeno del género *Psilocybe*.

Mi percepción del mundo a través de los efectos de estos psicotrópicos había sido tan extraña e impresionante que me vi forzado a asumir que tales estados eran la única vía para comunicar y aprender lo que don Juan trataba de enseñarme.

Tal suposición era errónea.

miento, olvidado por completo: el puro gozo de moverse, simplemente, sin añadir a eso ningún propósito intelectual.

Quise que me permitiera echar otro vistazo a lo que yo había percibido sobre la roca.

—Déjeme ver esa sombra otra vez —dije.

—Te refieres a tu muerte, ¿no? —replicó con un toque de ironía en la voz.

Durante un momento sentí renuencia de decirlo.

—Sí —dije por fin—. Déjeme ver otra vez a mi muerte.

—Ahora no —respondió—. Eres demasiado sólido.

—¿Perdón?

Echó a reír, y por alguna razón desconocida su risa ya no era ofensiva e insidiosa, como anteriormente. No pensé que fuera distinta, desde el punto de vista de su timbre, su volumen, o el espíritu que la animaba; el nuevo elemento era mi propio humor. En vista de mi muerte inminente, los miedos y la irritación eran tonterías.

—Entonces déjame hablar con las plantas —dije.

Rio a más no poder.

—Ahora eres demasiado bueno —dijo, aún entre risas—. Te vas de un extremo al otro. Apacíguate. No hay necesidad de hablar con las plantas a menos que quieras conocer sus secretos, y para eso necesitas el más recio de los empeños. Conque guárdate tus buenos deseos. Tampoco hay necesidad de ver a tu muerte. Basta con que sientas su presencia cerca de ti.

V. HACERSE RESPONSABLE

Martes, abril 11, 1961

LLEGUÉ a casa de don Juan temprano en la mañana del domingo 9 de abril.

—Buenos días, don Juan —dije—. ¡Qué gusto me da verlo!

Él me miró y echó a reír suavemente. Se había acercado a mi coche cuando yo lo estacionaba, y mantuvo la puerta abierta mientras yo reunía unos paquetes de comida que le llevaba.

Caminamos hasta la casa y nos sentamos junto a la puerta.

Ésta era la primera vez que yo tenía verdadera conciencia de lo que hacía allí. Durante tres meses había aguardado con impaciencia el retorno al "campo". Fue como si una bomba de tiempo puesta dentro de mí hubiera estallado, y de pronto recordé algo que me era trascendente. Recordé que una vez en mi vida había sido muy paciente y eficaz.

Antes de que don Juan pudiese decir algo, le hice la pregunta que pesaba sobre mi mente. Llevaba tres meses obsesionado por la imagen del halcón albino. ¿Cómo supo él de eso, cuando yo mismo lo había olvidado?

Rio sin responder. Le imploré que me contestara.

—No fue nada —dijo que su convicción de costum-

bre—. Cualquiera puede darse cuenta de que eres extraño. Estás adormilado, eso es todo.

Sentí que nuevamente estaba minando mis defensas y empujándome a un rincón donde yo no tenía deseos de hallarme.

—¿Es posible ver nuestra muerte? —pregunté, en un intento por seguir dentro del tema.

—Claro —dijo riendo—. Está aquí con nosotros.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy viejo; con la edad uno aprende toda clase de cosas.

—Yo conozco mucha gente vieja, pero jamás ha aprendido esto. ¿Por qué usted sí?

—Bueno, digamos que conozco toda clase de cosas porque no tengo historia personal, y porque no me siento más importante que ninguna otra cosa, y porque mi muerte está sentada aquí conmigo.

Extendió el brazo izquierdo y movió los dedos como si en verdad acariciara algo.

Ref. Supe a dónde me llevaba. El viejo endemoniado iba a apalearme de nuevo, probablemente con lo de mi importancia, pero esta vez no me molestaba. El recuerdo de haber tenido otrora una paciencia magnífica me llenaba de una extraña euforia tranquila que disipaba casi por entero mi nerviosismo y mi intolerancia hacia don Juan; lo que sentía en vez de eso era una cierta maravilla por sus actos.

—¿Quién es usted en realidad? —pregunté.

Pareció sorprenderse. Abrió desmesuradamente los ojos y parpadeó como un ave, bajando los párpados como un obturador. Bajaron y subieron de nuevo y los ojos conservaron su enfoque. La maniobra

me sobresaltó; me eché hacia atrás, y él rio con abandono infantil.

—Para ti soy Juan Matus, y estoy a tus órdenes —dijo con exagerada cortesía.

Formulé entonces mi otra pregunta candente:

—¿Qué me hizo usted el primer día que nos vimos? Me refería a la forma en que me miró.

—¿Yo? Nada —repuso en tono de inocencia.

Le describí cómo me había sentido cuando él me miró, y lo incongruente que para mí resultó el que eso me dejara mudo.

Rio hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Volví a sentir un brote de animosidad hacia él. Pensé que, mientras yo era tan serio y considerado, él se portaba muy "indio" con sus modales bastos.

Pareció darse cuenta de mi estado de ánimo y dejó de reír de un momento a otro.

Tras un largo titubeo le dije que su risa me había molestado porque yo trataba seriamente de entender qué cosa me ocurrió.

—No hay nada que entender —repuso, impasible.

Le repasé la secuencia de hechos insólitos que habían tenido lugar desde que lo conocí, empezando con la mirada misteriosa que me había dirigido, hasta el recuerdo del halcón albino y el percibir en el peñasco y la sombra que según él era mi muerte.

—¿Por qué me hace usted todo esto? —pregunté.

No había beligerancia en mi interrogación. Sólo tenía curiosidad de saber por qué me lo hacía a mí en particular.

—Tú me pediste que te enseñara lo que sé de las plantas —dijo.

Noté en su voz un matiz de sarcasmo. Sonaba como si estuviera siguiéndome la corriente.

—Pero lo que me ha dicho hasta ahora no tiene nada que ver con plantas —protesté.

Su respuesta fue que aprender sobre ellas tomaba tiempo.

Sentí que era inútil discutir con él. Tomé conciencia entonces de la idiotez total de los propósitos fáciles y absurdos que me había hecho. En mi casa, me prometí nunca más perder los estribos ni irritarme con don Juan. Pero ya en la situación real, apenas me sentí desairado tuve otro ataque de malhumor. Sentía que no había manera de interactuar con él y eso me llenaba de risa.

—Piensa ahora en tu muerte —dijo don Juan de pronto—. Está al alcance de tu brazo. Puede tocarte en cualquier momento, así que de veras no tienes tiempo para pensamientos y humores de cagada. Ninguno de nosotros tiene tiempo para eso.

“¿Quieres saber qué te hice el día que nos conocimos? Te *vi*, y *vi* que tú creías que estabas mintiendo. Pero no lo estabas, en realidad.”

Le dije que esta explicación me confundía más aún. Repuso que ése era el motivo de que no quisiera explicar sus actos, y que las explicaciones no eran necesarias. Dijo que lo único que contaba era la acción, actuar en vez de hablar.

Sacó un petate y se acostó, apoyando la cabeza en un bulto. Se puso cómodo y luego me dijo que había otra cosa que yo debía realizar si verdaderamente quería aprender de plantas.

—Lo que andaba mal contigo cuando te *vi*, y lo que anda mal contigo ahora, es que no te gusta acep-

tar la responsabilidad de lo que haces —dijo despacio, como para darme tiempo de entender sus palabras—. Cuando me estabas diciendo todas esas cosas en la terminal, sabías muy bien que eran mentiras. ¿Por qué mentías?

Explicué que mi objetivo había sido hallar un “informante clave” para mi trabajo.

Don Juan sonrió y empezó a tararear una tonada.

—Cuando un hombre decide hacer algo, debe ir hasta el fin —dijo—, pero debe aceptar responsabilidad por lo que hace. Haga lo que haga, primero debe saber por qué lo hace, y luego seguir adelante con sus acciones sin tener dudas ni remordimientos acerca de ellas.

Me examinó. No supe qué decir. Finalmente aventuré una opinión, casi una protesta.

—¡Eso es una imposibilidad! —dije.

Me preguntó por qué y dije que acaso, idealmente, eso era lo que todos pensaban que debían hacer. En la práctica, sin embargo, no había manera de evitar la duda y el remordimiento.

—Claro que hay manera —repuso con convicción.

—Mírame a mí —dijo—. Yo no tengo duda ni remordimiento. Todo cuanto hago es mi decisión y mi responsabilidad. La cosa más simple que haga, llevarte a caminar en el desierto, por ejemplo, puede muy bien significar mi muerte. La muerte me acecha. Por eso, no tengo lugar para dudas ni remordimientos. Si tengo que morir como resultado de sacarte a caminar, entonces debo morir.

“Tú, en cambio, te sientes inmortal, y las decisiones de un inmortal pueden cancelarse o lamentarse o dudarse. En un mundo donde la muerte es el ca-

zador, no hay tiempo para lamentos ni dudas, amigo mío. Sólo hay tiempo para decisiones.”

Argumenté, de buena fe, que en mi opinión ése era un mundo irreal, pues se construía arbitrariamente, tomando una forma idealizada de conducta y diciendo que ésa era la manera de proceder.

Le narré la historia de mi padre, que solía lanzarme interminables sermones sobre las maravillas de mente sana en cuerpo sano, y cómo los jóvenes debían temprar sus cuerpos con penalidades y con hazañas de competencia atlética. Era un hombre joven: cuando yo tenía ocho años él andaba apenas en los veintisiete. Por regla general, durante el verano, llegaba de la ciudad, donde daba clases en una escuela, a pasar por lo menos un mes conmigo en la granja de mis abuelos, donde yo vivía. Era para mí un mes infernal. Conté a don Juan un ejemplo de la conducta de mi padre, el cual me pareció aplicable a la situación inmediata.

Casi inmediatamente después de llegar a la granja, mi padre insistía en dar un largo paseo conmigo, para que pudiéramos hablar, y mientras hablábamos hacía planes para que fuésemos a nadar todos los días a las seis de la mañana. En la noche, ponía el despertador a las cinco y media para tener tiempo suficiente, pues a las seis en punto debíamos estar en el agua. Y cuando el reloj sonaba en la mañana, él saltaba del lecho, se ponía los anteojos, iba a la ventana y se asomaba.

Yo incluso había memorizado el monólogo subsiguiente,

—Hum... Un poco nublado hoy. Mira, voy a acostarme otros cinco minutos, ¿eh? ¡No más de cin-

co! Sólo voy a estirar los músculos y a despertar del todo.

Invariablemente se quedaba dormido hasta las diez, a veces hasta mediodía.

Dije a don Juan que lo que me molestaba era su negación a abandonar sus resoluciones obviamente falsas. Repetía este ritual cada mañana, hasta que yo finalmente hería sus sentimientos rehusándome a poner el despertador.

—No eran resoluciones falsas —dijo don Juan, evidentemente tomando partido por mi padre—. Nada más no sabía cómo levantarse de la cama, eso era todo.

—En cualquier caso —dije—, siempre recelo de las resoluciones irreales.

—¿Cuál sería entonces una resolución real? —preguntó don Juan con leve sonrisa.

—Si mi padre se hubiera dicho que no podía ir a nadar a las seis de la mañana, sino tal vez a las tres de la tarde.

—Tus resoluciones dañan el espíritu —dijo don Juan con aire de gran seriedad.

Me pareció incluso percibir, en su tono, una nota de tristeza. Estuvimos callados largo tiempo. Mi inquina se había desvanecido. Pensé en mi padre.

—No quería nadar a las tres de la tarde. ¿No ves? —dijo don Juan.

Sus palabras me hicieron saltar.

Le dije que mi padre era débil, y lo mismo su mundo de actos ideales jamás ejecutados. Hablé casi a gritos.

Don Juan no dijo una sola palabra. Sacudió la cabeza lentamente, en forma rítmica. Me sentí terrible-

mente triste. El pensar en mi padre siempre me afligía.

—Piensas que tú eras más fuerte, ¿verdad? —preguntó él en tono casual.

Le dije que sí, y empecé a narrarle toda la turbulencia emotiva que mi padre me hizo atravesar, pero él me interrumpió.

¿Era malo contigo? —preguntó.

—No.

—¿Era mezquino contigo?

—No.

—¿Hacía por ti todo lo que podía?

—Sí.

—¿Entonces qué tenía de malo?

De nuevo empecé a gritar que era débil, pero me contuve y bajé la voz. Me sentía un poco ridículo ante el interrogatorio de don Juan.

—¿Para qué hace usted todo esto? —dije—. Se supone que deberíamos estar hablando de plantas.

Me sentía muy molesto y deprimido que nunca. Le dije que él no tenía motivo alguno, ni la más mínima capacidad, para juzgar mi conducta, y estalló en una carcajada.

—Cuando te enojas siempre te crees en lo justo, ¿verdad? —dijo, y parpadeó como ave.

Estaba en lo cierto. Yo tenía la tendencia a sentirme justificado por mi enojo.

—No hablemos de mi padre —dije—, fingiendo buen humor—. Hablemos de plantas.

—No, hablemos de tu padre —insistió él—. Ése es el sitio donde hay que comenzar hoy. Si piensas que eras mucho más fuerte que él, ¿por qué no ibas a nadar a las seis de la mañana en lugar suyo?

Le dije que no podía creer que me estuviera preguntando eso en serio. Siempre había pensado que nadar a las seis de la mañana era asunto de mi padre, no mío.

—También era asunto tuyo desde el momento en que aceptaste su idea —dijo don Juan con brusquedad.

Repuse que nunca la había aceptado, que siempre había sabido que mi padre no era veraz consigo mismo. Don Juan me preguntó, como si tal cosa, por qué no había yo expresado entonces mis opiniones.

—Uno no le dice esas cosas a su padre —dije, en débil explicación.

—¿Por qué no?

—Eso no se hacía en mi casa, es todo.

—Tú has hecho cosas peores en tu casa —declaró como un juez desde el tribunal—. Lo único que nunca hiciste fue lustrar tu espíritu.

Sus palabras, llenas de fuerza devastadora, resonaron en mi mente. Derribó todas mis defensas. No podía yo discutir con él. Tomé refugio en la escritura de mis notas.

Intenté una última explicación desvaída y dije que toda mi vida había encontrado gente como mi padre, que al igual que él me habían metido de algún modo en sus maquinaciones, y por lo general me dejaron colgado.

—Lamentos —dijo él con suavidad—. Te has lamentado toda tu vida porque nunca te haces responsable de tus decisiones. Si te hubieras hecho responsable de la idea que tu padre tenía que nadar a las seis de la mañana, habrías nadado tú solo en caso necesario, o lo hubieras mandado a callar la primera

vez que abrió la boca cuando ya conocías sus mañas. Pero no dijiste nada. Por tanto, eras tan débil como tu padre.

“Hacernos responsables de nuestras decisiones significa estar dispuestos a morir por ellas.”

—¡Espere, espere! —dijo—. Está usted enredando todo.

No me dejó terminar. Yo iba a decirle que sólo había usado a mi padre como ejemplo de una forma irreal de actuar, y que nadie en su sano juicio estaría dispuesto a morir por una cosa tan idiota.

—No importa cuál sea la decisión —dijo él—. Nada podría ser más ni menos serio que ninguna otra cosa. ¿No ves? En un mundo donde la muerte es el cazador no hay decisiones grandes ni pequeñas. Sólo hay decisiones que hacemos a la vista de nuestra muerte inevitable.

No pude decir nada. Transcurrió quizás una hora. Don Juan se hallaba perfectamente inmóvil sobre su petate, aunque no dormía.

—¿Por qué me dice usted todo esto, don Juan? —pregunté—. ¿Por qué me hace esto?

—Tú viniste conmigo —dijo él—. No, no fue ése el caso: te trajeron conmigo. Y yo tengo un gesto contigo.

—¿Cómo dice usted?

—Tú habrías podido tener un gesto con tu padre nadando en su lugar, pero no lo hiciste, a lo mejor porque eras demasiado joven. Yo he vivido más que tú. No tengo nada pendiente. No hay ninguna prisa en mi vida, por eso puedo tener contigo un gesto como es debido.

En la tarde salimos de excursión. Mantuve con facilidad su paso y me maravillé nuevamente de su estu-penda condición física. Caminaba con tanta agilidad, y con pisada tan firme, que junto a él yo era como un niño. Fuimos más o menos hacia el este. Noté que no le gustaba hablar mientras caminábamos. Si yo le decía algo, se detenía para responderme.

Tras un par de horas llegamos a un monte; tomó asiento y me hizo seña de sentarme a su lado. En tono de dramatismo paródico, anunció que iba a contarme un cuento.

Dijo que había una vez un joven, un indio desheredado que vivía entre los blancos, en una ciudad. No tenía casa, ni parientes, ni amigos. Había llegado a la ciudad en busca de fortuna y sólo encontró miseria y dolor. De vez en cuando ganaba algunos centavos trabajando como mula: apenas lo bastante para un bocado; de lo contrario tenía que mendigar o robar comida.

Don Juan dijo que cierto día el joven fue al mercado. Caminó ofuscado de un lado a otro de la calle, con los ojos locos de ver todas las cosas buenas allí reunidas. Sufrió tal frenesí que no veía por dónde caminaba, y terminó tropezando con unas canastas y cayendo encima de un anciano.

El viejo llevaba cuatro enormes guajes y acababa de sentarse a comer y descansar. Don Juan sonrió con aire sapiente y dijo que al anciano le pareció muy raro que el joven hubiese tropezado con él. No se enojó por la molestia; lo asombraba el porqué este joven en particular le había caído encima. El joven, en cambio, estaba enojado y le dijo que se quitara del paso. Para nada le preocupaba la razón

recóndita del encuentro. No había advertido que los caminos de ambos se habían cruzado.

Don Juan imitó los movimientos de quien persigue un objeto que rueda. Dijo que los guajes del anciano cayeron y rodaban calle abajo. Al verlos, el joven pensó haber hallado su comida para ese día.

Ayudó al viejo a levantarse e insistió en ayudarlo a cargar los pesados guajes. El viejo le dijo que iba camino a su casa en las montañas, y el joven insistió en acompañarlo, por lo menos parte del camino.

El viejo tomó el camino a las montañas, y mientras caminaban dio al joven parte de la comida que había comprado en el mercado. El joven comió hasta llenarse y, ya satisfecho, empezó a notar cuánto pesaban los guajes y los aferró con fuerza.

Don Juan abrió los ojos y sonrió diabólicamente al decir que el joven preguntó: "¿Qué lleva usted en estos guajes?" El anciano, en vez de responder, le dijo que iba a mostrarle un compañero que podía aliviar sus penas y darle consejo y sabiduría en los caminos del mundo.

Don Juan hizo un gesto majestuoso con ambas manos y dijo que el anciano hizo venir al venado más hermoso que el joven había visto en su vida. El venado era tan manso que se acercó a él y caminó en torno suyo. Resplandecía y brillaba. El joven, cautivado, supo en el acto que se trataba de un "espíritu venado". El viejo le dijo que, si deseaba tener ese amigo y su sabiduría, lo único que debía hacer era soltar los guajes.

La sonrisa de don Juan expresó ambición; dijo que los deseos mezquinos del joven se avivaron al oír tal petición. Los ojos de don Juan se hicieron

pequeños y diabólicos cuando prestó voz a la pregunta del joven: "¿Qué lleva usted en estos cuatro guajes enormes?"

El anciano, dijo don Juan, repuso serenamente que llevaba comida: pinole y agua. Don Juan dejó de narrar la historia y caminó en círculo un par de veces. Yo no supe qué estaba haciendo. Pero aparentemente era parte de la historia. El círculo parecía representar las deliberaciones del joven.

Don Juan dijo que, por supuesto, el joven no creyó una sola palabra. Calculó que si el viejo, quien obviamente era un brujo, se hallaba dispuesto a dar un "espíritu venado" a cambio de sus guajes, éstos debían estar llenos de un poder más allá de lo imaginable.

Don Juan contrajo nuevamente su rostro en una sonrisa demoniaca y dijo que el joven declaró que deseaba quedarse con los guajes. Hubo una larga pausa que al parecer marcaba el final del cuento. Don Juan permaneció callado, pero me sentí seguro de que deseaba una pregunta mía, y la hice.

—¿Qué pasó con el joven?

—Se llevó los guajes —repuso él con una sonrisa de satisfacción.

Hubo otra larga pausa. Reí. Pensé que éste había sido un verdadero "cuento de indios".

Los ojos de don Juan brillaban; me sonreía. Lo circundaba un aire de inocencia. Empezó a reír en suaves estallidos y me preguntó:

—¿No quieres saber de los guajes?

—Claro que quiero saber. Creí que allí acababa el cuento.

—Oh no —dijo con una luz maliciosa en los ojos—

El joven tomó sus guajes y corrió a un sitio apartado y los abrió.

—¿Qué halló? —pregunté.

Don Juan me observó y tuve el sentimiento de que se hallaba al tanto de mi gimnasia mental. Me neó la cabeza, riendo por lo bajo.

—Bueno —lo insté—. ¿Estaban vacíos los guajes?

—Sólo había pinole y agua adentro de los guajes —dijo él—. Y el joven, en un arranque de furia, los rompió contra las piedras.

Dije que su reacción era natural: cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo.

La respuesta de don Juan fue que el joven era un tonto que no sabía lo que andaba buscando. Ignoraba lo que era el “poder”, de modo que no podía decir si lo había encontrado o no. No se hizo responsable de su decisión, por ello lo enfureció su error. Esperaba ganar algo y en vez de ello no obtuvo nada. Don Juan especuló que, si yo hubiera sido el joven y hubiese seguido mis inclinaciones, me habría entregado a la furia y al remordimiento para, sin duda, pasar el resto de mi vida compadeciéndome por lo que había perdido.

Luego explicó la conducta del viejo. Astutamente, alimentó al joven para darle el “valor de un estómago lleno”, de modo que el joven, al hallar sólo comida en los guajes, los rompió en un arrebato de ira.

—Si hubiera estado consciente de su decisión y se hubiera hecho responsable de ella —dijo don Juan—, se habría dado por bien satisfecho con la comida. Y a lo mejor hasta se hubiera dado cuenta de que esa comida también era poder.

VI. VOLVERSE CAZADOR

Viernes, junio 23, 1961

APENAS tomé asiento empecé a bombardear a don Juan con preguntas. Él no respondió y, con un ademán impaciente, me indicó guardar silencio. Parecía estar de humor grave.

—Estaba pensando que no has cambiado nada en el tiempo que llevas tratando de aprender los asuntos de las plantas —dijo en tono acusador.

Empezó a pasar revista, en alta voz, a todos los cambios de personalidad que me había recomendado emprender. Dije que había considerado muy seriamente el asunto, y hallado que no me era posible cumplirlos porque cada uno era contrario a mi esencia. Replicó que considerar el asunto no era suficiente, y que lo que me había dicho no era ningún chiste. Insistí en que, pese a lo poco que había hecho en lo referente a ajustar mi vida personal a sus ideas, yo quería realmente aprender los usos de las plantas.

Tras un silencio largo e incómodo, le pregunté con audacia:

—¿Me va usted a enseñar cómo usar el peyote, don Juan?

Dijo que mis intenciones por sí solas no eran suficientes, y que conocer los asuntos del peyote —lo